

JONI MITCHEL: SUMA Y SIGUE

FERNANDO ESTEVE

Cuando ya se acerca a los cuarenta, sigue siendo una de las primeras figuras de la música americana. Tal vez porque sea canadiense, quizá. De cualquier manera es sintomático el hecho de la nacionalidad, ya que otro de los genios, Neil Young, también lo es; circunstancia que acaso lleve a pensar que exista cierto «Síndrome de Canadá», que connote calidad, máxime si no olvidamos que otro de los «grandes», Leonard Cohen, es, asimismo, de ese país que está, sorprendentemente, justito encima de los Estados Unidos de América y... Joni, que estudió dibujo y pintura, detalle importante del que hablaremos posteriormente, empezó cantando música *folk* en cafés, bares, *pubs* y tugurios de variada índole, de esos que tanto nos hablan en las películas americanas, lugares en donde nadie hace el mínimo caso al artista o al cantante de turno, mientras nuestros protagonistas se toman una copa sonriéndose a los ojos o conspirando a ver quién asesina esta vez a la nieta del yerno falso de Kennedy.

Fueron años duros en que no siempre ganaba lo suficiente para mantener un metabolismo más o menos estable.

El punto que marca el final de este largo principio es cuando Judy Collins, ya consagrada y dedicada en cuerpo y alma a competir diariamente, con la entonces indispensable y hoy insoportable, Joan Baez, a ver quién era mejor en la cosa esa de mejor cantante *folk* del año en USA.

El caso es que, por suerte, Judy Collins populariza el tema «Both sides now» y Joni se dedica a componer canciones para otros hasta 1968 en que graba su primer *elepé*, al que seguirían 10 más. Un largo camino que le lleva a una posición de autoexigencia constante, cotidiana, perdidos irremisiblemente ya sus «compañeros de música», y aquí entran casi todos los nombres que entonces, como la Baez o la Collins, eran algo y ahora son nada, acomodados en unas cifras de venta importantes o millonarias, pero sabiendo que cada nuevo *elepé* que hacen es una copia descarada del anterior y el an-

terior del anterior y etc., productos fácilmente asimilables desde un ama de casa de Ohio, a un ex combatiente de Vietnam-Irán o el encantador y delicioso recién llegado, moderno muchachito rockero, a la University of Yale-Harvard.

Joni, por el contrario, ha sabido ir evolucionando, y su andadura musical aparte de sorprendente no deja de ser apasionante. Desde sus comienzos netamente de *folk* a una simbiosis perfecta de *rock*, *jazz*, *folk* y clásica, muy preocupada por el disco en su conjunto, ya que aparte de componer la letra y música de todas las canciones también pinta y diseña sus portadas, intentando y consiguiendo un todo homogéneo difícilmente comparable.

Joni siempre ha sabido rodearse de la flor y nata de la música norteamericana, desde Crosby y Cía. hasta la gente de Weather Report, como Jaco Pastorius, o nombres fundamentales también del jazz como los que participan en su, hasta ahora, último álbum: Mingus, empezando por él mismo, en suma adecuando cada álbum a los músicos que precisaba en ese justo momento.

La música de Joni es belleza, elegancia y sentimiento. La adaptación de las letras a la música es también importante, esos largos versos apretados, violentos, salvajes, suaves, esas inflexiones de voz inconfundibles para que el texto se conpagine con la melodía, textos por demás fuera de serie.

Textos que nos hablan de realidad y sueño, de amores amargos, de soledad una y otra vez, una vez tras otra, de pueblos perdidos donde nunca pasó ni pasará nada, de cantantes que mueren cada día y que resucitan al día siguiente para seguir cantando, de habitaciones de hotel de amor de una sola noche, de asfalto o de carretera, de un café cualquiera de cualquier ciudad, o la ciudad es París o su Canadá y sus bosques y montañas, o la ciudad que se autodestruye cada año un poco más, y de viaje hacia algún sitio en concreto, hacia ningún